

PROBLEMÁTICAS GEOPOLÍTICAS DE LA REGIÓN SUDAMERICANA

Miguel Ángel Barrios

Universidad de Salvador, Buenos Aires, Argentina

*Autor de correspondencia: info@editorialbiblos.com

Recibido 05 de mayo 2018, aceptado después de revisión al 20 de septiembre 2018

RESUMEN

América Latina es una región que carece de orientación estratégica, pensamiento geopolítico e integración y uno de los escenarios más visibles de la desigualdad económica a nivel mundial. En los actuales momentos estamos viviendo en un mundo multipolar con presencia de potencias mundiales en constante lucha por mantener su presencia en la región como son Estados Unidos, China y Rusia para incidir geopolíticamente en ella. En estos momentos en los que América Latina se encuentra en un proceso de relativa debilidad como región, este estudio hace hincapié en la integración latinoamericana y se presentan algunas tareas geopolíticas que nos llevarán a tomar decisiones urgentes para poder relanzar en mejores condiciones la independencia económica, social y política dentro del orden mundial.

Palabras claves: America Latina, pensamiento geopolítico, integración

ABSTRACT

Latin America is a region that lacks strategic orientation, geopolitical thinking and integration and one of the most visible scenarios of economic inequality worldwide. At present we are living in a multipolar world with the presence of world powers in constant struggle to maintain their presence in the region such as the United States, China and Russia to influence geopolitically in it. In these moments in which Latin America is in a process of relative weakness as a region, this study emphasizes Latin American integration and presents some geopolitical tasks that will lead us to take urgent decisions in order to re-launch in better conditions economic, social and political independence within the world order.

Keywords: Latin America, geopolitical thinking, integration

INTRODUCCIÓN

APUNTES DE GEOPOLÍTICA SUDAMERICANA

América del Sur es un territorio geográficamente difícil, cuya mayor parte se encuentra en la franja ecuatorial, con sus dos terceras partes en la zona tropical. La selva es el bioma más difícil para ser adaptado a la actividad económica humana; el arado de la tierra implica costos elevados, los suelos son pobres, las enfermedades abundan, el clima es demasiado húmedo para que los granos maduren. Incluso cuando los ríos son navegables, sus bancos pueden ser demasiado fangosos, como el Amazonas. Esta preponderancia del sello tropical en la región, produjo una historia económica y política problemática. Países como Venezuela, Guyana, Surinam

y la Guayana Francesa están totalmente dentro de la zona tropical. Por ello fueron considerados durante largo tiempo como países caribeños (Guayana francesa es territorio de ultramar francés) y sólo recientemente se volvieron propios de un “nuevo” espacio sudamericano. Como tales, siempre se han enfrentado a dificultades para lograr la estabilidad económica y política, aunque el descubrimiento de petróleo en Venezuela mejoró su trayectoria económica. En estas zonas casi la totalidad de la población vive a pocos kilómetros de las costas, las que naturalmente no fomentan la interacción con el mundo exterior, ya que los puertos de aguas profundas son pocos y distantes entre sí.

Esta impronta resulta lejana y extraña para dos zonas de la región, que rompen esta monotonía tropical:

La primera es la cadena montañosa de los Andes, que corre a lo largo del litoral Pacífico del continente, originando unas pocas zonas litorales y transmontañas. Separadas de la mayoritaria parte oriental del continente, su desarrollo queda librado a sus propias disponibilidades. Colombia y Ecuador son países tropicales y andinos, con núcleos económicos mediterráneos (no costeros). Colocados en planicies elevadas dentro de valles andinos más frescos y secos, mitigan las dificultades propias de las zonas tropicales. Un poco más al sur, están los estados transmontañosos áridos de Perú y Bolivia. Perú ha desarrollado un cierto grado de creación de capital olvidando su propio interior, excepto en la búsqueda de oportunidades mediante la extracción de recursos y se concentró en la ciudad-estado de Lima. Bolivia, sin salida al mar, está atrapada en una lucha eterna entre los montañeses pobres del Altiplano y la rica agricultura de las tierras bajas de la Medialuna. La combinación de montañas y selva limita la integración de este arco –desde la Guayana Francesa en el noreste hasta la medialuna de Bolivia, en el sudoeste- entre sí y con el mundo exterior. El transporte básico es difícil, las enfermedades tropicales afectan la provisión de mano de obra, hay pocos buenos puertos, el desarrollo agrícola necesita a la vez abundante mano de obra y capital intensivo (en comparación con las regiones productoras de alimentos tradicionales), la humedad y el calor dificultan la producción de grano y la magnitud de las montañas eleva los costos. Estos Estados han logrado avances hacia el desarrollo económico mediante la aceptación de la dependencia de un poder externo dispuesto a proporcionar capital de inversión, sin el cual carecen de la capacidad de generación de capital para resolver los desafíos de infraestructura. Por ello la región está poco desarrollada y los habitantes de estos países tienden a ser pobres. Algunos países pueden alcanzar cierto grado de riqueza relativa dentro de una combinación adecuada de circunstancias, pero la capacidad de ejercer poder es más difícil.

La segunda zona que rompe la dominación tropical es el Cono Sur donde los veranos son algo más secos, permitiendo que los granos tradicionales maduren, mientras un clima más fresco limita el impacto de las enfermedades. A diferencia de las geografías dispersas de la región andina, el Cono Sur es una gran extensión plana y equilibradamente regada. La mayor parte del territorio se encuentra en Argentina, con porciones menores en Uruguay, Paraguay y Brasil. Chile es el único país donde el Cono Sur templado se superpone con los Andes, constituyendo uno de los Estados físicamente más aislados del mundo, que no participa de manera significativa en la política del Cono Sur. Mientras las montañas y las selvas dominan la mayor parte del norte de América del Sur, las llanuras del Cono Sur son las mejores tierras. Su geografía plana, combinada con sus praderas naturales, reduce el costo de la infraestructura y el clima templado hace que las zonas agrícolas sean ricas. Sin embargo, la verdadera ventaja reside en la estructura fluvial. Los ríos Paraná, Uruguay y Paraguay, combinados con el estuario del Río de la Plata, que desemboca en el Atlántico entre las ciudades de Buenos Aires y Montevideo, son navegables en gran parte de su recorrido. El costo del transporte de bienes por vía fluvial es de 10 a 30 veces

inferior que el transporte por camión. Estos sistemas fluviales de transporte generan cantidades masivas de capital con poca dificultad en comparación con los sistemas de transporte terrestre. Esta red fluvial que se superpone con las llanuras agrícolas de la Pampa Húmeda se conoce como la región del Río de la Plata. Estos ríos, en virtud de su longitud, su navegabilidad y su interconexión, son particularmente valiosos para las regiones agrícolas. El trigo, el maíz, la soja y otros productos similares sufren de una débil relación entre valor y volumen. Muchas veces sólo pueden ser transportados a grandes distancias al costo de una pérdida económica. El transporte fluvial permite transportar los alimentos de forma barata y fácil aguas abajo, luego al océano y al resto del mundo. El hecho geográfico más importante en el continente es que los ríos de la región del Plata son navegables de manera independiente y en conjunto a través de un sistema de canales y esclusas. Sólo la red del gran río Mississippi en América del Norte tiene más kilómetros de transporte marítimo interconectados.

Esta interconectividad permite mayores economías de escala, un mayor volumen de generación de capital y poblaciones más grandes. También mejora la posibilidad de surgimiento de una autoridad política centralizada y única. Argentina controla la desembocadura del Río de la Plata y la mayor parte de los tramos navegables del río. Esto dejó a uruguayos, paraguayos y brasileños en desventaja dentro de la región, algo que cambió drásticamente en las últimas décadas del siglo XX.

LA GEOPOLÍTICA MUNDIAL EN LOS TIEMPOS DE DONALD TRUMP

El mundo ha cambiado mucho en poco tiempo. No se ha vuelto necesariamente más inseguro, pero sí se ha cargado de una incertidumbre poco habitual en la historia reciente con cambios que son constantes y menos previsibles. La inesperada llegada de Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos fue la expresión más relevante de un proceso que comenzó antes y continuó después, no necesariamente en forma lineal pero sí ininterrumpida.

Su llegada a la presidencia estuvo precedida por el triunfo del Brexit (acrónimo de Britain and exit) en Gran Bretaña y un ascenso generalizado de la derecha política en toda Europa. Aunque se ha extendido el uso del término populismo para referirse a estas propuestas políticas, esta semántica omniexplicativa es poco útil a los fines de obtener un grado respetable de claridad conceptual.

Los gobiernos neoliberales que apostaban a la continuidad con Clinton y a acuerdos como el NAFTA y el TPP, quedaron obligados a recalcular en tiempos que el Brexit y la asunción de Trump, modifican el escenario internacional. Será difícil seguir sin pausa con la política de promoción del libre comercio, el endeudamiento externo masivo y las concesiones para atraer inversiones estadounidenses en un contexto internacional más adverso. Los gobiernos que glorificaban una globalización neoliberal, que ahora está siendo impugnada en Estados Unidos y Europa, empíricamente y contra su voluntad se van volviendo menos bilaterales.

Hay quienes afirman que Estados Unidos ha retrocedido a la condición de país en desarrollo (Farand, 2017), una afirmación quizás exagerada aunque no inapropiada. Lo cierto es que un elemento importante para entender la llegada de Trump a la presidencia de la Unión Americana es la magnitud de la crisis geopolítica que define la real (y limitada) potencialidad de Estados Unidos. Peter Temin, economista del MIT, dice que la fractura de la sociedad americana está llevando a la desaparición de la clase media.



Figura 1. Donald Trump Fuente: <http://elmed.io/la-educacion-geopolitica-de-donald-trump>

Los tres elementos centrales de esta comprensión serán: 1. el análisis de las movilizaciones acaecidas en los flujos globales de capital, 2. el desempeño geopolítico de Estados Unidos y las grandes potencias en la adaptación a dichos cambios y 3. el impacto de la política exterior americana en las crisis de las matrices políticas y económicas de los países de Sudamérica.

LOS FLUJOS GLOBALES DE CAPITAL.

Al menos desde la crisis financiera global que comenzó en Estados Unidos a partir del año 2008 en adelante, el capitalismo mundial está experimentando movimientos cuya comprensión es menester alcanzar para la descripción de la situación internacional actual. La caída de la productividad de los países avanzados se agudizó a partir de 2008, hasta extremos nunca alcanzados desde la década de los '30, al superponerse la declinación provocada por el agotamiento de la revolución tecnológica del procesamiento de la información (TIC) con la crisis financiera internacional de 2008-2009 y sus consecuencias.

Los pronósticos “optimistas” del FMI para el año 2017 afirman un crecimiento global del 3.5% y 3.6% en 2018, indicadores que podrían quedar en peligro por el proteccionismo económico americano y la incertidumbre política en Europa (aplacada por el triunfo de Emmanuel Macron en Francia). China ralentizó dramáticamente su crecimiento, por debajo de la barrera crucial del 7%. En 2016 el PIB creció 6.7% y crecerá 6.6% en 2017 (aunque creció 6.9% en el primer trimestre, la mayor cifra en dos años). Esta crisis afectó el potencial exportador de países como Brasil, Rusia, India, Sudáfrica, Turquía y otros, básicamente los países del BRICS. La productividad de Estados Unidos aumentó un promedio anual del 2,1% entre 1946 y 1995 y en el período 1996-2006 creció a 2,4% anual, mientras que en el periodo 2006- 2015 cayó a 1,2% por año para hundirse a 0,2% en 2016. En el primer trimestre de la nueva administración republicana la economía apenas creció a una tasa anualizada del 0.7%, el peor crecimiento en tres años para un primer trimestre, a despecho del 4% prometido por el presidente y abriendo interrogantes sobre lo provechoso de su agenda proteccionista. Con un consumo personal que representa el 70% de la actividad económica, la administración

estará en apuros para elevar el crecimiento si los consumidores siguen siendo cautelosos en aumentar la demanda. El aumento del 3% en el segundo trimestre de 2017 dio mejores esperanzas. Gran Bretaña también tuvo mal desempeño, con una tasa del 1.2%, mientras la Eurozona creció a un mejor ritmo anualizado, llegando al 1.8%.

Aunque haya empezado el año en pésimas condiciones la previsión de crecimiento para Estados Unidos es del 2.5% en 2017 contra un crecimiento de apenas el 1.7% para la Eurozona. India, la economía emergente con mayor crecimiento, pasará de un 6.8% en 2016 a 7.7% en 2018. En ese año las economías en desarrollo significarán el 59% del PIB mundial contra el 41% de las economías avanzadas. La economía americana incorporó 98.000 nuevos puestos de trabajo en marzo de 2017, la mitad de lo esperado, menoscabando las expectativas creadas por el buen desempeño de enero y febrero. La confianza de los consumidores y las empresas aumentó después de la elección del presidente Trump pero no fue acompañada de un aumento similar en el nivel de gasto.

Apesar del optimismo del FMI, la economía mundial experimenta en realidad un crecimiento mediocre y modesto, expresando más la alegría por la probable mejora de las economías avanzadas que por el nivel general de robustez del sistema en su conjunto. La incertidumbre sobre la capacidad del presidente Trump de aplicar efectivamente su plan de reformas está en el centro de las dudas sobre el pronóstico americano.

En los últimos 15 años la clase media estadounidense (80% de la población) no ha tenido mejoras efectivas en los ingresos reales. La desigualdad se exacerbó con el 1% del segmento social superior obteniendo más del 30% de los ingresos nacionales y el conflicto social y político adquirió un carácter urgente e ilegal. Los brotes fascistas y racistas que aparecen aisladamente en Estados Unidos y en el mundo encuentran en esta desigualdad uno de sus elementos explicativos.

Los inversores que apostaban alegremente a la reflación quedaron preocupados por la poca capacidad del presidente de sacar adelante su agenda pro-crecimiento, ante la escasa claridad política de la reforma fiscal presentada en abril de 2017, lo que hizo caer la sostenibilidad a largo plazo del “efecto Trump”.

En la reunión del G20 (Grupo conformado por 19 países industrializados más la Unión Europea que se reúnen periódicamente en foros de cooperación y consulta sobre la economía mundial) de marzo de 2017, ante la insistencia de Estados Unidos, el compromiso anterior de los ministros de finanzas de “resistirse a todas las formas de proteccionismo” asumió apenas un significado simbólico. El consenso general buscó minimizar públicamente la división, confiando en un cambio de situación para la conferencia de julio, con una administración Trump más experimentada. Pero la insistencia en el “First America” y las denuncias de un sistema injusto para Estados Unidos no dieron lugar para muchas esperanzas.

En la reunión de la OTAN y la cumbre del G7 (Alianza conformada por Alemania, Canadá, Estados Unidos, Francia, Italia, Japón y Reino Unido, países con un peso relevante en los ámbitos político, económico y militar) de mayo de 2017 las diferencias entre Europa y Estados Unidos se profundizaron. La canciller alemana Angela Merkel dijo textualmente que “los tiempos en que podíamos confiar en otros quedaron atrás”. Sea por el cambio climático o las políticas proteccionistas, “First America” cada día significa más “Only America”. En Alemania la era de posguerra en que las bombas atómicas estadounidenses y su presencia militar protegían primero a los países de Europa llegó a su fin, ahora tiene que hacerse cargo de su propia seguridad, en parte por la política exterior americana y en gran medida por una estrategia planeada.

En las últimas décadas los acuerdos comerciales mundiales fueron reemplazados paulatinamente por acuerdos multilaterales o bilaterales, tendiendo a la fractura del mercado

mundial, un lento proceso que comenzó en la Cumbre del Milenio en Seattle (1999). La lógica de tales acuerdos fue expresada por Obama, cuando sostuvo que la Asociación Transpacífica (TPP) sin China, buscaba situar a Estados Unidos en el centro de una “red” de comercio e inversión, algo alejado de la visión americana de posguerra. Estados Unidos sería quien dictara las reglas del comercio mundial, no China. Pero mientras perseguía esa política el régimen de Obama siguió adhiriéndose verbalmente al marco anterior. La administración Trump, ante la pérdida del dominio económico estadounidense, quiere desechar el viejo marco regulatorio. Eliminó el TPP y ha llevado su lógica a otro nivel, amenazando con derribar todo el sistema para convertir las políticas de “First América” en un sistema generalizado de acuerdos bilaterales.

La intransigencia mostrada por el secretario del Tesoro, Steven Mnuchin, en la reunión del G20 contra el compromiso de “resistir al proteccionismo”, en un contexto de denuncias estridentes contra la política comercial y monetaria de Alemania y China, es otro cañonazo de la guerra comercial en curso. Sin embargo Estados Unidos no está avanzando a la velocidad de las palabras de su presidente, cada vez más apresado por el cabildeo americano y la resistencia de la globalización. El 30 de abril de 2017 Estados Unidos anunció su pregonada reforma fiscal. El objetivo general de la iniciativa es simplificar el código tributario, reducir la inequidad, hacer más competitivo a su país y estimular el crecimiento económico mediante incentivos a la oferta (inversiones reales desde las empresas) y la demanda (los ciudadanos). Aunque la reforma tributaria fue uno de los pilares de campaña electoral, la presentación fue considerada “preliminar” dada la gran cantidad de detalles técnicos ausentes y la magnitud de las respuestas pendientes.

La estrategia para cumplir con los cuatro deseos (simplificación, competitividad, equidad y estímulo económico) se plasma en la abolición del impuesto a la herencia; la simplificación y reducción en los umbrales de los gravámenes a solo 3 con un costo de 10%, 25% y 35%; la reestructuración de las deducciones de las empresas y de los individuos; un recorte de la tasa impositiva de las empresas del 35% al 15% y una amnistía para que las corporaciones repatrien ahorros del exterior. Se trata mayormente de una reforma en beneficio de las empresas con un probable aumento del déficit fiscal y una limitación para el plan de infraestructura prometido por el presidente, que aunque cuenta con apoyo demócrata aun no fue presentado.

Las incógnitas son varias y muy relevantes. En primer lugar se desconoce el costo total aproximado. El comité del Congreso americano sobre asuntos tributarios estimó un costo de 6 trillones de dólares. La segunda duda es saber cómo se financiará y en tercer lugar saber cuáles son las posibilidades de aprobación legislativa dado que se trata de una feroz transferencia de riqueza.

CHINA Y LA RUTA DE LA SEDA

En momentos de retroceso americano y europeo (salida del TPP, Brexit) en sus compromisos mundiales, montados ambos en un proceso de desglobalización, China presenta la iniciativa del “Cinturón y Ruta de la Seda” – OBOR (One Belt, One Road) el proyecto de infraestructura más grande del mundo. El OBOR busca crear un “cinturón” terrestre acompañado de una “ruta” marítima a través de inversiones en proyectos ferroviarios, viales, portuarios y energéticos, que incluirán la creación de parques industriales y zonas francas en Asia, Europa Central, Oriente Medio y África. Esta iniciativa comercial reúne a 68 países y tiene el apoyo ilimitado de Beijing. El Banco de Desarrollo de China ha previsto invertir más de 870.000 millones de dólares en la ejecución de 900 proyectos.

Vladimir Putin fue la presencia política más importante en la reunión realizada en Beijing en el mes de mayo de 2017. Por América Latina sólo asistieron los presidentes de Chile y Argentina. India, fuertemente enfrentada con China y alineada con Estados Unidos, no estuvo presente. El FMI es signatario del acuerdo, fuertemente anclado en los principios de libertad y comercio, frente al aislacionismo y proteccionismo americanos. La opción americana de no participar en la iniciativa OBOR acelera la pérdida quizá inevitable de su preeminencia en la competencia global por el prestigio y la influencia.

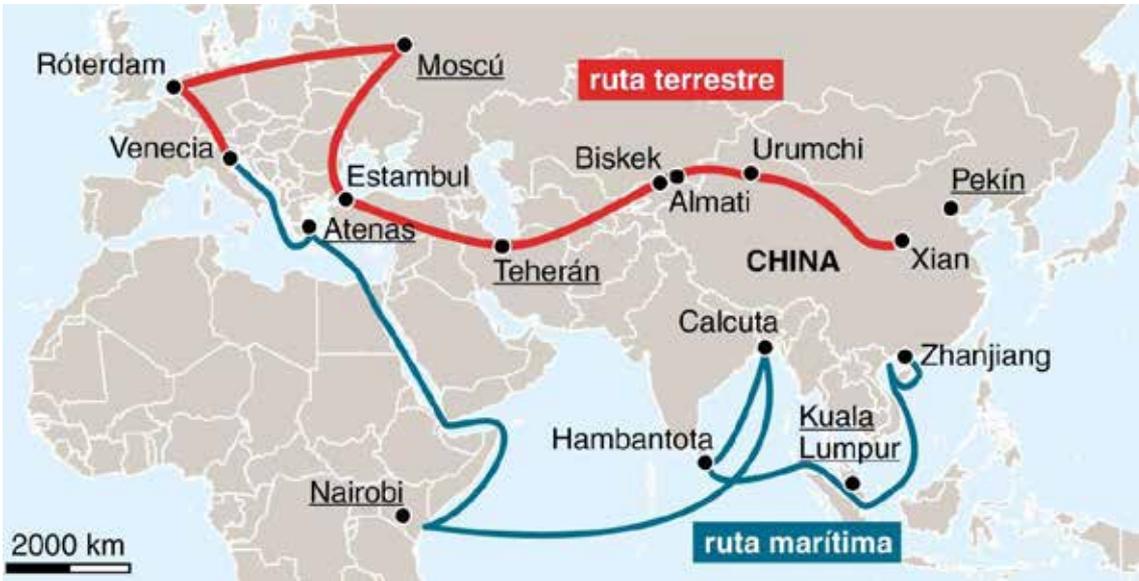


Figura 2. Cinturón y Ruta de la Seda Fuente: pulsoslp.com.mx

Lo cierto es que el crecimiento económico chino se ha debilitado, el principal motivo para que el presidente Xi Jinping rescite un proyecto ya presentado en el año 2013. Si la economía nacional ya encontró su techo de crecimiento interno, el ingreso a la disputa por la conquista del mercado mundial permite exportar la crisis. En un mundo ya totalmente ocupado, un nuevo ingreso se resuelve repartiendo de nuevo. Por eso los recambios hegemónicos vienen acompañados de guerras mundiales, aunque el presidente Xi haya aclarado que no será así en esta ocasión.

Esta nueva Ruta de la Seda busca mejorar las infraestructuras de comunicación existentes o construir otras nuevas a lo largo de un amplio canal comercial que permitiría agilizar el tráfico marítimo, aéreo y terrestre, construir cargueros más grandes, aumentar la cantidad de negocios y crear cientos de miles de puestos de trabajo. En esta decisión china de asumir el liderazgo no cooperativo del comercio mundial en la próxima década radica el núcleo de la situación internacional actual. Estados Unidos está resuelto a impedirlo, por ahora con más amenazas que acciones concretas de política exterior. Es difícil que las políticas de la nueva administración puedan alterar el curso de la balanza comercial, que se ve reforzada por el alto valor del dólar y la fuerte demanda de Estados Unidos al resto del mundo. Las medidas de interrupción del comercio mundial pueden ser muy perjudiciales para Estados Unidos.

EL DESEMPEÑO GEOPOLÍTICO DE ESTADOS UNIDOS Y LAS POTENCIAS MUNDIALES

Las propuestas de campaña y los nombramientos en el gabinete (Jeff Sessions como Ministro de Justicia, Michael Flynn como asesor de Seguridad Nacional, Mike Pompeo en la CIA, Stephen Bannon como asesor principal del gabinete, Steven Mnuchin como secretario del Tesoro, Scott Pruitt en la Agenda de Protección Ambiental, Rick Perry en el Departamento de Energía) perfilaban una orientación islamofóbica, antihispana, antiinmigrante y antiambiental como parte de una línea dura generalizada, que se fue desmoronando relativamente con el paso de los meses.

Sin embargo Michael Flynn fue despedido en febrero de 2017 y en abril Stephen Bannon fue cesado en las reuniones del Consejo de Seguridad Nacional, el pregonado muro fronterizo con México quedó suspendido y el índice de popularidad del gobierno era históricamente bajo. Al momento de su asunción su popularidad era la menor de un gobierno entrante, rondando entre el 40 y el 44% de apoyo. 100 días después el rechazo llegaba al 54%, en agosto de 2017 su popularidad caía al 34%, mientras el propio presidente anunciaba su renuncia si llegaba al 20%.

Las señales de tensiones entre extremistas y moderados siguieron reproduciéndose. Por un lado, los “halcones”, buscan provocar un shock y romper con ciertas reglas democráticas como el respeto a la prensa, la separación de poderes, la diversidad y el respeto a los derechos humanos. Son favorables al proteccionismo y al unilateralismo internacional. Quieren un Estados Unidos poderoso y con un gran despliegue militar que se ocupe solo de los problemas que lo afectan directamente, sin misiones altruistas en países extraños. El alicaído Stephen Bannon fue su abanderado.

Por otro lado, las “palomas” buscan un gobierno más previsible, que no rompa las alianzas tradicionales ni genere nuevos enemigos externos. Sin ser antiglobalizadores furiosos entienden que es vital llevarse bien con los legisladores republicanos, muchos de los cuales no apoyaron a Trump. Entre ellos se encuentran el vicepresidente Mike Pence, el secretario de Estado Rex Tillerson y Herbert McMaster, reemplazante de Michael Flynn como asesor de Seguridad Nacional. Este sector ha cobrado peso en política exterior. A pesar de sus expresiones incendiarias, Donald Trump moderó su relación con China. Trump rechazó a la OTAN, pero Mike Pence y James Mattis dieron seguridades de continuidad a sus aliados europeos. La política migratoria también muestra la tensión entre las dos facciones. Trump habló de “operaciones militares” para expulsar a indocumentados, mientras Rex Tillerson afirmaba que no habría deportaciones masivas y no se utilizaría al ejército. En algunos temas, como el trato a la prensa, la disputa no se resuelve: Stephen Bannon y el presidente vapulean a la prensa, pero James Mattis dice que no hay que atacar a los medios.

Aunque predominen momentáneamente, las “palomas” no se salen mucho del libreto, sólo buscan que el cambio de régimen no exaspere los modos y costumbres de la clase política americana ni abra muchos frentes de tormenta en el escenario internacional. Mientras el presidente Donald Trump siga comportándose como un halcón apresurado, los sectores moderados seguirán ganando espacio y dominando la administración, aunque no sea allí donde el presidente tiene su base de poder.

En mayo de 2017 el despido del jefe del FBI, James Comey, expuso a la luz pública la peligrosa crisis de gobernabilidad que se expande en Estados Unidos con los anuncios de pedido de juicio político, el acuerdo bipartidista por el presupuesto y el desgaste de una administración que comenzó gobernando a través de Decretos Ejecutivos, que se resignó al trabajo político en el Congreso tras comprobar la inviabilidad de decretar las grandes decisiones.

El acuerdo bipartidista sobre el proyecto de ley de presupuesto alcanzado en mayo de 2017 no provee el dinero suficiente para reforzar el sector de la Defensa y tampoco financia el muro en la frontera mexicana. Sí preserva el financiamiento federal para Planned Parenthood, el servicio de salud para las mujeres que provee información y asistencia para el control de la natalidad y el aborto. Los demócratas se manifestaron satisfechos con el acuerdo, que tiene vigencia hasta el fin del año fiscal del 30 de septiembre y que luego fuera prorrogado por tres meses más hasta fin de año. Sin embargo el acuerdo expresa los límites estrechos de la verborragia presidencial. A pesar de las primeras expresiones presidenciales de “cerrar” el gobierno, predominó la idea de mantener al gobierno funcionando a la espera de las futuras negociaciones del siguiente año fiscal, mientras planea reformas al sistema de obstrucciones legislativas.

El carácter personalista del gobierno expresa la coincidencia entre ciertas elites oligárquicas (escudadas tras la apariencia social WASP- White, Anglo- Saxon and Protestant) que buscan una salida rápida, antidemocrática y no liberal a la crisis geopolítica interior que sufre Estados Unidos y los rasgos personales de un CEO- presidente sin antecedentes políticos, sin escrúpulos institucionales y sin base social. El propio general James Clapper, ex director de Inteligencia Nacional, afirmó que las instituciones americanas se encuentran “bajo asalto” por el presidente Donald Trump.

Este “asalto” es en realidad la esencia de la promesa presidencial efectuada durante su exitosa campaña electoral. La idea de pasar por encima del sistema de contrapesos americano mediante la apelación a un frenesí decisional implica prácticamente un golpe de Estado en curso, con un desenlace todavía impredecible hacia un probable cambio de régimen. Poco a poco las señales de “domesticación” del ímpetu decisorio son más claras, con una opinión pública que va aprendiendo a separar los modos presidenciales de las políticas de gobierno. Mientras tanto, en la vieja Europa, Emmanuel Macron asumió como presidente francés, en una ceremonia más parecida a la coronación de un monarca que a la asunción de un presidente constitucional.

En su discurso inaugural hizo alusión a los intereses económicos y geoestratégicos del sueño imperial francés, afirmando que Francia “no tiene dudas acerca de sí mismo” y se siente “amenazada”. Montado en un vehículo militar su imagen encantó a los medios de comunicación, dando señales de una fuerza y determinación interesantes para un gobierno totalmente carente de posibilidades. Lo importante es que las perspectivas económicas europeas mejoraron todavía más con la victoria de Macron, postergando los riesgos a la baja.

Mientras Donald Trump ganó las elecciones prometiendo gobernar por fuera de las instituciones, Macron promete resolver la crisis totalmente dentro de las instituciones, un intento en el que Hollande ya fracasó, aunque el camino de Trump no parece estar triunfando. Con la caída de popularidad más abrupta de la historia francesa, Macron apenas cuenta con un 40% de aprobación.

La política mundial se va llenando de gestos, actuaciones y posturas, toda una teatralidad vacía más cercana a las preocupaciones por el physique du role que por los planteos estratégicos. La importancia del apretón de manos de Macron y Trump, el empujón de Trump en la cumbre de la OTAN o el trato frío entre Putin y Macron son expresiones de las estrecheces inherentes a un mundo que se despidе.

AMÉRICA LATINA

Alfredo Toro Hardy (2017) afirma que el horizonte económico de América Latina se presenta dispar. Por un lado los países productores con mano de obra intensiva y por otro lado los países proveedores de recursos naturales. Entre los primeros está México y América Central,

para quienes habrá restricciones. Deberán moverse hacia la producción de alta tecnología o hacia un mayor abaratamiento de la mano de obra. En un caso dependerán de la tecnología de maquila, en el otro corren el riesgo permanente de la aparición de una mano de obra más barata. México depende, sobretudo en su frontera norte, de la producción maquiladora y no ha podido establecer desarrollos industriales superadores. En América del Sur, región proveedora de materias primas, las opciones son mejores por la presencia del crecimiento indio y de la iniciativa china OBOR, que demandarán commodities. Sin embargo, la región asiste a la ofensiva de la Cuarta Revolución Industrial, que plantea un desacoplamiento comercial masivo entre los mundos desarrollados y en desarrollo. Los países desarrollados (entre ellos China), serían autárquicos frente a las manufacturas y los recursos naturales provenientes de las naciones en desarrollo.

La revolución tecnológica en los campos más variados, dejaría sin capacidad de respuesta a la región. La tecnología digital, la robótica, la impresión 3D, la nanotecnología, la biotecnología y la tecnología del genoma, el Internet de las cosas (Se refiere a la interconexión digital de objetos cotidianos con internet) (Internet of things, abreviado IoT) y las tecnologías energéticas encontrarían una región no preparada. Las líneas de ensamblaje perderían sustentación frente a robots adaptativos, flexibles y cada vez más económicos. El más bajo precio de la mano de obra no sería competitivo frente a ellos y la impresión 3D dejaría atrás las líneas de montaje. Las fábricas emprenderían su regreso a casa, de vuelta al mundo desarrollado, tal como quiere Donald Trump.

En términos geopolíticos el subcontinente es un campo de batalla americano para defender su hegemonía contra la presencia china mientras la crisis del chavismo en Venezuela y del Partido de los Trabajadores (PT) en Brasil, acompañados por la debacle electoral del kirchnerismo argentino, asisten a una convulsión social de rechazo tanto al socialismo del siglo XXI y sus variantes oportunistas como a las políticas de ajuste del retorno neoliberal. Sólo el precario triunfo de Alianza País en Ecuador permite pensar en una agonía algo más prolongada de lo previsto de las propuestas progresistas.

Los programas de ajuste de Temer en Brasil y Macri en Argentina buscan atraer inversiones en un mundo que es ahora más aislacionista y proteccionista, a contramano de los flujos de capital. Aunque la visita del presidente Macri a Estados Unidos fue positiva más en términos simbólicos que reales, su viaje a la presentación de la iniciativa OBOR en China fue más producto del pragmatismo que de la planificación. En Estados Unidos consiguió el reingreso de la exportación de limones argentinos, en China nada.

Si América Latina nunca reclamó autonomía y trato paritario frente a China pudiendo hacerlo, interesado en vender aisladamente toneladas de commodities, a altos precios y sin diplomacia regional, ahora que necesita un margen de negociación, no lo podrá obtener. Corriendo de hegemonía en hegemonía, sin rumbo fijo, las políticas exteriores latinoamericanas carecen de orientación estratégica, pensamiento geopolítico e integración. La cooperación sur-sur, que veía ilusoriamente en China un socio posible, debe asistir ahora al desarrollo de un programa mundial de inversiones en infraestructura donde los pocos participantes latinoamericanos (Chile y Argentina) no serán consultados.

Los analistas hablaban abundantemente de un incipiente orden mundial multipolar, creyendo que paz, comercio y multipolarismo son parientes cercanos. Ahora que toman nota de un cambio guerrero del orden mundial, se amontonan desordenadamente en cuanta puerta de entrada encuentran, suspirando por agua en un desierto de arena.

El primer gran afectado por la política exterior americana es México, aunque el impacto debe calibrarse adecuadamente partiendo del criterio general de que Estados Unidos no es tan

poderoso como se presenta ni México tan débil como todos dicen, afirmación que se corrobora en cuatro temas que hacen a la relación entre ambos países: la migración, el muro fronterizo, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) y el narcotráfico.

Como en otros aspectos de su plataforma, el presidente americano no lanzó una estrategia general o una doctrina que pueda guiar las relaciones de Washington con el resto del continente ni adelantó planes para el establecimiento de determinadas alianzas en las que la nueva administración pueda estar especialmente interesada. Sólo respecto a México lanzó consignas aisladas y fuertes, que no pudo implementar y que para muchos produjeron “la venganza de México” (Foer, 2017).

Sin delinear un plan coherente de las relaciones de Washington con América Latina la situación sume en la incertidumbre a toda la región, que parece perder importancia para Estados Unidos a pesar de ser la región que más afecta a su prosperidad y seguridad. Si la Unión Americana se despreocupa crecientemente de sus vecinos al sur, crecen las posibilidades de China y Rusia para incidir geopolíticamente en ella. Esa incidencia puede ser un insumo de política exterior de los países, a condición de superar las miradas provincianas y actuar geopolíticamente, algo que no está sucediendo todavía.

REFLEXIÓN FINAL

América del sur, un conjunto de 12 naciones con profundas diferencias entre sí y con una gigantesca cantidad de recursos naturales y humanos, se enfrenta al desafío de un mundo en plena transformación, donde más actores poderosos disputan entre sí el acceso a recursos básicos escasos. La década de las grandes posibilidades 2003-2013 terminó por la ralentización del comercio internacional y la desmejora de los términos del intercambio (caída de los precios de los commodities). Al fin de ciclo económico se sumaron dos sucesos políticos en gran medida inesperados: la salida de Gran Bretaña de la Unión Europea (Brexit) y la llegada de Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos.

La integración física sudamericana ha sido pensada en términos horizontales, a través de la matriz de Integración de la Infraestructura Regional Suramericana (IIRSA), mientras los acuerdos de integración política y comercial piensan una integración vertical, fragmentada entre el decaído Mercosur atlántico y la animada Alianza del Pacífico. Es lógico que en esta circunstancia mundial de la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) pierda relevancia política y caiga en el desinterés general, en virtud de su falta de definición y reacomodamiento, resultado de una dirigencia basada en la complacencia y la autoreproducción. La construcción de espacios de cooperación más amplios y unificados aparece como un elemento central para que la región pueda posicionarse mejor frente al cambio global. América Latina puede aprovechar el momento de incertidumbre geopolítica, fortalecer una agenda de cooperación acorde a las nuevas realidades y evitar a toda costa la fragmentación. La única posibilidad, como lo hemos planteado, en un sin fin de oportunidades, consiste en reconocer que América Latina es la nación cultural y América del Sur es la unidad geopolítica, por la cual podemos convertirnos en estado continental-industrial.

El sistema mundial del siglo XXI como lo hemos definido anticipadamente en el Diccionario Latinoamericano de Seguridad y Geopolítica (Barrios, Diccionario Latinoamericano de Seguridad y Geopolítica, 2009) es un “orden” multipolar de estados continentales industriales, cuya característica consiste geopolíticamente en ser masas continentales geográficas con un poder de cinco dimensiones: política-científico- tecnológico, militar, industrial y cultural.

Únicamente en el sistema mundo del siglo XXI los estados continentales industriales pueden poseer soberanía, entendiéndola como capacidad de autonomía en un mundo interdependiente y asimétrico. Ellos son por ahora EEUU, China, Rusia y la India. Todos los demás centralidades políticas constituyen un signo interrogante, como Europa, África, Irán, Turquía, por dar algunos ejemplos, y entre ellos América del Sur. Resuenan las palabras del pensador latinoamericano, del principio del siglo XX, el argentino Manuel Ugarte quien decía Patria Grande o la nada (Barrios, 2007) América del Sur, como lo expusimos a lo largo del trabajo está viviendo un proceso de relativa debilidad y la sentencia de Ugarte se vuelve prioritaria.

Por eso, como final del trabajo, describiremos algunas de las tareas geopolíticas pendientes que nos quedan a nuestra América:

Promover un desarrollo económico sólido y persistente. Es indispensable lograr ritmos anuales, persistentes de crecimiento. Tampoco podemos dejar de tener en cuenta que nuestro recurso energético constituye un factor geopolítico, pero si no incorporamos la diversificación de la matriz productiva, todo se convierte en ciclos económicos de corto plazo.

Promover la reforma del Estado, actor fundamental. Necesitamos, sin caer en dogmas totalitarios liberales o burocráticos, generar un estado mejor, regulador, habilitador, compensador, promotor, sin burocracias sofocantes, pues este sigue siendo el mejor asignador de recursos y el factor más creativo en la generación de empleos u oportunidades en el desarrollo económico social.

Invertir en el capital humano y social. Nada puede sustituir un vasto trabajo educativo que comienza en la familia como escuela de la humanidad, y que necesita no solo una mayor alfabetización sino una mayor calidad educativa.

Afrontar la cuestión social de la equidad. Tarea histórica pendiente, es de la construcción de una verdadera cohesión y equidad social de nuestros pueblos. Los programas de asistencia a los sectores desamparados son necesarios, pero deben ir acompañados de la formación y exigencia de participación en trabajos útiles al bien común.

Reconstruir el tejido familiar y social. Equidad va de la mano con cohesión social. Hoy más que nunca hay que encaminarse hacia la definición y emprendimiento de nuevos modelos de desarrollo, que cuenten con la sinergia entre estado, mercado y sociedad.

Construir auténticas democracias. No existen verdaderos procesos de liberación popular cuando todo se concentra progresivamente en el poder del estado, se alimenta autocracias y se reducen los espacios de libertad. En América Latina, la democracia no queda suficientemente consolidada, ni alimentada sin no arraigan un sustrato cultural y social trabajado por la tradición de la historia del pueblo latinoamericano.

Solo, abordando estas tareas pendientes geopolíticas podemos relanzar en mejores condiciones la independencia. Nada nos será regalado. Solo nos tomarán en serio si estamos unidos, conscientes de nuestros intereses e ideales, o de lo contrario, como sostuvo el brasileño Helio Jaguaribe, seremos “basurero de la historia”.

BIBLIOGRAFÍA

- Barrios M. (2007). El latinoamericanismo en el pensamiento político de Manuel Ugarte. Editorial Biblos, Buenos Aires.
- Barrios M. (2009). Diccionario Latinoamericano de Seguridad y Geopolítica. Editorial Biblos, Buenos Aires

- Farand, C. (2017). US has regressed to developing nation status, MIT economist warns, Independent. En: <http://www.independent.co.uk/news/world/americas/us-developing-nation-regressing-economy-poverty-donald-trump-mit-economist-peter-temin-a7694726.html>
- Foer, F. (2017). Mexico's Revenge. The Atlantic. En: <https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2017/05/mexicos-revenge/521451/>
- Toro H., (2017). América Latina, entre la claridad y la tormenta. El Universal. En: http://www.eluniversal.com/noticias/opinion/america-latina-entre-claridad-tormenta_650744